

# NOTAS ESCRITAS PARA LA CONFERENCIA EJEMPLARIDAD PÚBLICA. ¿POR QUÉ ELEGIR, HOY, LA CIVILIZACIÓN Y NO LA BARBARIE?

---

---

*Javier Gomá Lanzón*  
Fundación Juan March, Madrid

Fechas de recepción y aceptación: 8 de abril de 2010, 13 de mayo de 2010

*Resumen:* la conferencia define qué se entiende por civilizar (establecer límites a la libertad para hacer posible la convivencia) y señala cuáles son las condiciones culturales para que el proceso de socialización se realice con éxito en la cultura. La forma que adopta la civilización en la cultura contemporánea es denominada *emancipación*; la conferencia estudia si las condiciones para la emancipación moral se cumplen o no en la cultura actual y se concluye que existen algunos obstáculos, como el dualismo vida pública-vida privada, una concepción de la individualidad como excentricidad y la ausencia de costumbres. Finalmente, se muestra cómo la noción de ejemplaridad remueve esos obstáculos.

*Palabras clave:* civilización, barbarie, liberación, emancipación, vida privada, excentricidad, costumbres, ejemplaridad.

*Abstract:* The conference defines what is meant by civilizing (setting limits on freedom to make coexistence possible) and identifies the cultural conditions for the process of socialization to be successfully carried out in culture. The form that civilization takes in contemporary culture is called “emancipation”; the paper analyzes whether the conditions for moral emancipation are fulfilled or not in today’s culture and concludes that there are some obstacles, such as the dualism of public and private life, the conception of individuality as eccentricity in addition to the lack of customs. Finally, it is shown how the notion of exemplariness removes these obstacles.

*Keywords:* civilization, barbarism, liberation, emancipation, private life, eccentricity, customs, exemplariness.



### ¿QUÉ ES CIVILIZAR? LAS CONDICIONES CULTURALES CONTEMPORÁNEAS PARA LA REALIZACIÓN DEL PROCESO CIVILIZATORIO

El subtítulo de la conferencia plantea una pregunta relacionada con una opción entre civilización y barbarie. La respuesta a la pregunta del subtítulo es el título. ¿Qué entendemos por civilización, por civilizar, por ser cívico? Civilizar es establecer gravámenes y restricciones a la libertad individual; al consentir voluntariamente estas coacciones exteriores, que inhiben su espontaneidad, sus preferencias personales y sus deseos, el individuo se socializa, acepta unas reglas de civilizada vida en común y se hace ciudadano.

Civilizarse, ser civilizado, no es sólo vivir en sociedad. No es lo mismo vivir en sociedad que vivir socializado. Estar socializado significa que uno encuentra en su integración social, en el desempeño de su función como ciudadano, los elementos de su individualidad y de su identidad como hombre. No se trata sólo de ser médico, magistrado, empresario, hombre casado o padre de familia –todo ello momento de socialización–, sino también de hallar en ello los rasgos de la propia subjetividad y personalidad.

Se puede, y es muy frecuente, que la gente viva en sociedad, en ciudades, pero que personalmente no haya aprendido ni interiorizado su vida de una forma civilizada, porque su manera de comprender el mundo y comprenderse a sí mismo no favorece la convivencia y la vida en común.

¿Cómo se produce ese mismo proceso de socialización en las actuales condiciones culturales? Y antes de eso, ¿cuáles son esas condiciones de nuestra cultura y sociedad contemporáneas?

### EL PROBLEMA DE CÓMO REALIZAR EL PROCESO CIVILIZATORIO EN UNA CULTURA LIBERADA COMO LA CONTEMPORÁNEA

Mi libro *Ejemplaridad pública* estudia cómo se realiza el proceso de “socio-individualización” en las condiciones de la cultura contemporánea.

¿Cuáles son esas condiciones de la cultura contemporánea?

Las condiciones son ambiguas, típicas de una época de transición. Estamos en efecto en un inmenso giro de la historia. Lo explicaré brevemente.

Toda la cultura hasta el siglo XVIII puede definirse con el término premodernidad. Sería prolijo definir ahora la cultura premoderna, pero un rasgo característico es que es una cultura cósmica: existe un cosmos objetivo bien ordenado y el hombre ocupa un lugar eminente en ese cosmos; quizá sea el centro del cosmos, pero siempre es sólo una parte de él. Durante la premodernidad el hombre es una parte de un todo que le trasciende. En su dimensión política, el hombre es parte de un todo político –el Estado absoluto



francés, la Monarquía de Felipe II, la patria, el principado, la república— que trasciende en importancia y valor al individuo.

La modernidad es el proceso por el que el hombre toma conciencia de ser fin en sí mismo y nunca más una parte, ni del cosmos ni de la sociedad ni del Estado. Cobra conciencia de su dignidad infinita como individuo, que prevalece sobre el interés general del Estado. Todas las obligaciones que vienen dadas por su condición de miembro del cosmos o de la sociedad se sienten ahora como represiones, restricciones, opresiones a su derecho a ser libre.

La modernidad es la época de la liberación del hombre frente a las opresiones tradicionales. Piénsese que durante siglos hasta la conciencia estaba sometida al control político y religioso: no sólo escribir o manifestar opiniones desviadas de la ortodoxia definida, sino también *pensarla*, era considerado un delito. No había siquiera libertad de conciencia, pues hasta la conciencia estaba sujeta al control político.

En los últimos tres siglos, el hombre occidental ha emprendido una lucha de liberación individual frente a las opresiones colectivas. En este tiempo, con lucha, revoluciones y sangre, se ha producido una indudable ampliación de la esfera de la libertad individual. Las victorias de esa lucha se reflejan en las tablas de derechos fundamentales de las constituciones contemporáneas: la vida, la libertad, la igualdad, la intimidad, la imagen y el nombre, la libertad de expresión, reunión y asociación, etc.

La liberación ha sido completa. La nuestra es hoy una cultura liberada. Desde los sesenta del siglo pasado vivimos en una civilización no represora. No es que no existan represiones y violaciones, sino que ya no se consideran lícitas, sino ilícitas, ilegítimas, inmorales. Vivimos una época de libertad consumada. La esfera de la libertad se ha ampliado hasta su máximo.

La ampliación de la esfera de la libertad es un indudable progreso moral de la humanidad. Yo sé que la “gente de orden”, los tradicionales, aquellos cuya experiencia les ha enseñado las ventajas de un cierto conservadurismo, han visto con preocupación, con ansiedad, han vivido con tensión, todo ese proceso de liberación subjetiva desarrollado durante la modernidad, porque indudablemente ha cometido excesos. Y además la liberación se ha presentado a sí misma en manifiesto antagonismo con las posturas tradicionales.

Pero, en mi opinión, ser civilizado, contribuir al progreso de la civilización, significaba durante estos tres siglos contribuir a la liberación, porque mediante la liberación el hombre ha tomado mayor conciencia de su dignidad inviolable, de su autonomía, y su libertad ampliada es el presupuesto de la ética que realmente lo sea.

Por consiguiente, las condiciones de la cultura contemporánea a las que me refería antes son las condiciones de una cultura liberada.

¿Y cómo se produce la socialización en una cultura liberada?



Ahora entramos en el análisis de la situación actual. Hay formas superiores y formas inferiores en el uso de la libertad. Una cosa es ampliar la esfera de la libertad –algo que se ha conquistado en los últimos tres siglos– y otra el uso cívico, virtuoso, responsable, social de esa libertad. La ampliación de la esfera de la libertad puede utilizarse para la virtud o para la barbarie. La ampliación de la esfera es un progreso, pero no es seguro que hayamos también progresado en el uso de esa esfera ampliada de la libertad.

¿Qué hemos liberado en esta cultura liberada? Lo cierto es que hemos liberado vulgaridad. Un uso inferior de la libertad.

[Ambivalencia de la vulgaridad. Definición del concepto. Capítulo “La vulgaridad, un respeto”. Es un fruto de la acción combinada del igualitarismo y la liberación subjetiva y en este sentido merece un respeto. Es un fenómeno rigurosamente contemporáneo. No los hechos vulgares sino la vulgaridad, su conversión en categoría cultural fundamental, que no puede ignorarse y que toda teoría social y cultural futura que quiera ser realista habrá de tener en cuenta. La vulgaridad es la realización histórica, en la cultura democrática, de lo que en el *Aquiles* era presentado, de forma intemporal, como el estadio estético. Los ciudadanos que, a diferencia de Aquiles, no han evolucionado desde el estadio estético al ético se asimilan a ciudadanos de vulgar estilo de vida].

La cultura de la liberación y la vulgaridad ha cuajado como “imagen natural del mundo”. Una imagen natural del mundo es un concepto que se refiere a los presupuestos que nos proporcionan la forma natural, espontánea, de comprender el mundo y a nosotros mismos. Comparemos esa imagen en una época mitológica y en la actual. Hace milenios uno salía a la calle y veía en el cielo a dioses habitando las estrellas, a dioses en el suelo (Gea), en los ríos, en los acontecimientos. Nuestra imagen actual es científica. Decía Kant que él admiraba el cielo estrellado sobre sí y la ley moral dentro de sí. Ahora, fuera vemos materia, éter, masa, hidrógeno, la tabla periódica, y dentro, instintos, represiones, sublimaciones, pulsiones, muchas veces nefandas.

Desde una perspectiva moral, la imagen natural del mundo es la libertaria-liberada. Ese chico, esa adolescente, repite a cada paso una fórmula repetida, la arroja insolentemente a los padres, educadores, adultos: “Es mi vida”, “soy como soy”, “sé tú mismo”, “es mi cuerpo”, “con mi vida hago lo que quiero”, “nadie tiene derecho a opinar sobre mi estilo de vida”, “yo hago las cosas a mi manera”, “mi vida es mía”. Al repetir estas consignas, usa la gramática de la liberación y está siendo posmoderna-liberada sin saberlo: es su imagen natural del mundo. La conciencia liberada es heredera de la conciencia romántica, que exalta en el individuo la libertad, la creatividad, la originalidad, la excentricidad, la excepcionalidad, la genialidad por encima de las reglas, la excepcionalidad, la espontaneidad instintiva sin educar.



Está compuesta de ideas, nociones y sentimientos creados en la soledad de su gabinete por los grandes creadores de origen romántico: Rousseau, Lord Byron, Goethe, Fichte, Lamartine, Leopardi, Nietzsche, etc. Ellos concibieron nuevas ideas de liberación, las publicaron, se difundieron, se generalizaron, se vulgarizaron y cristalizaron en “imagen natural” contemporánea. Ese joven no lo sabe, no aprecia el mérito de su conquista, su valor en el proceso de liberación. Lo hereda de forma inconsciente, sin haberlo conquistado, y lo aplica y se lo aplica, gozando normalmente de una ociosidad subvencionada.

Son libres sin haber aprendido a serlo, son libres sin las instrucciones de uso de la libertad, sin la sentimentalidad que es necesaria para su uso cívico.

Y es aquí donde se observan las dificultades para que, en las actuales condiciones culturales, el proceso civilizatorio siga progresando. Hay muchos obstáculos para que el hombre contemporáneo elija ser civilizado, cívico.

Porque en una sociedad liberada la tarea civilizatoria pendiente ya no es seguir ampliando una esfera de la libertad ya exasperadamente amplia, sino cómo hacer un uso cívico de esa esfera ampliada. Ante las consignas, repetidas hasta la saciedad, hay que decir: por supuesto, tu vida es tuya, ¿quién lo niega? No se trata en absoluto de volver a situaciones de antigua opresión o restricción a la libertad; ninguna nostalgia del pasado cósmico y premoderno. No se trata de volver al pasado, tampoco de permanecer en el presente. No se trata de abandonar la liberación sino de no quedarse anclado en ella. Asumir sus logros y continuar el progreso moral. Y ahora el progreso ya no es la liberación sino la emancipación. No ser libres sino articular y consensuar un uso cívico de la libertad. Y para esta nueva tarea, la imagen liberada del mundo y la vulgaridad ambiente no ayudan.

[*Nota sobre la función cívica de la filosofía.* Hay que tratar de modificar esa imagen natural. Cuando me preguntan sobre los problemas de la educación de la juventud, la indisciplina, la mala educación, la falta de respeto, el bajo nivel cultural, etc., suelo contestar que la solución al problema actual de la educación no es educativa. No se trata de aprobar una ley de respeto al profesor, de obligar a llamarlo de Vd., de más ordenadores, más bibliotecas, mejor ratio profesor-alumno. Y esta es la función esencial de la filosofía, la literatura o el arte. Se dice que la filosofía ha llegado a su fin, que la novela ha terminado, que el arte se ha extinguido. Ocurre lo contrario: hoy la filosofía, la literatura y el arte tienen una misión civilizatoria de primerísimo orden. Generar esas ideas, nociones y símbolos y sentimentalidad que nutran la imagen natural del mundo del futuro. Un proceso lento, que lleva decenios, quizá centurias, pero el único realista. Hay que crear un nuevo lenguaje de la emancipación. El paso del estadio estético al ético se designa ahora el progreso de la liberación a la emancipación y de la vulgaridad a la ejemplaridad].



Antes he pedido un respeto para la vulgaridad. Ahora bien, la vulgaridad no es puerto de arribada, no es el punto de llegada sino el punto de partida. La sociedad democrática contemporánea no es sostenible, ni vivible ni viable si está sostenida en las arenas movedizas de la vulgaridad, el uso inferior de la libertad. Pues la libertad es el presupuesto de la ética, no la ética en sí; la libertad ofrece un surtido de opciones, pero no asegura la elección de lo bueno.

Mientras siga vigente una imagen liberada romántica del mundo, en la que el individuo se comprende a sí mismo como ser excéntrico, especial, excepcional, genial por encima de las reglas y alimenta una espontaneidad que no reconoce límites ni restricciones, las motivaciones que tiene el hombre contemporáneo para socializarse son escasas.

Durante tanto tiempo ha luchado por la defensa de su libertad y de sus derechos como individuo frente a las opresiones sociales, culturales, económicas y políticas, que ahora las instituciones sociales están desprestigiadas y los procesos de socialización son extremadamente difíciles. Tanto tiempo por distinguirse, separarse, independizarse, crearse autonomía respecto al todo social, que ahora nada induce a integrarse en ese todo.

Comparemos a un joven de nuestros días y a un joven de hace tres, cuatro siglos, uno o dos milenios, o cualquier sociedad tradicionalista.

El joven de una sociedad tradicionalista tendría, como el de ahora, el deseo de autoafirmarse, de desinhibirse, de vivir para sí mismo, de una satisfacción inmediata de su espontaneidad estético-instintiva, de retrasar la doble especialización, de demorarse sin progresar al estadio ético, de liberarse. Pero en una sociedad jerárquica, aristocrática, autoritaria y altamente coactiva, que controlaba a la “masa” con mano de hierro, el joven era intensamente empujado a su socialización por el peso combinado de todos esos elementos: autoridad, poder, patriotismo, religión, buenas costumbres, coacción. La esfera de su libertad era muy estrecha, la presión para elegir lo socialmente correcto inmensa, casi irresistible.

En contraste, ahora hemos derribado el principio de autoridad, se han arrasado las antiguas jerarquías, hemos suprimido la coerción como instrumento de organización social, la crítica nihilista ha deslegitimado todas las ideologías y ha impuesto el relativismo, el pluralismo, el multiculturalismo, han desaparecido las costumbres colectivas socializadoras y se ha establecido por todas partes una cultura de liberación personal (ya anacrónica) y una exaltación del yo como genio, como ser especial, como excentricidad.

Hemos renunciado a los antiguos instrumentos de socialización del yo sin haber descubierto y practicado otros nuevos.

Y ahora viene la cuestión palpitante: qué estímulos, qué motivaciones tiene el hombre contemporáneo, liberado, excéntrico, soberano en su vida privada, el genio por encima de las reglas, persuadido de la importancia de su felicidad y de su autorrealización, para



renunciar a sus pulsiones subjetivas y espontáneas, para encontrar en su socialización productiva el elemento de su individualidad, cuando ya no hay una estructura jerárquica, autoritaria, coactiva que le impulse a ello, cuando faltan las creencias y costumbres colectivas, cuando toda la cultura vigente insiste además en el lenguaje de la liberación.

¿Cómo se realiza ese proceso de socioindividuación antes descrito –tan importante para la individualidad y la moralidad– en una cultura liberada? ¿Cómo se socializa el hombre, cómo se integra en el elemento productivo? No se trata de encontrar casa y trabajo, sino de hallar en ello los rasgos de tu individualidad. No se trata sólo de vivir en sociedad, sino de vivir socializado.

Repetimos las preguntas acuciantes: ¿qué razones pueden resultar de verdad hoy convincentes al yo para que acepte una cierta dosis de “urbanidad” y haga propias las limitaciones y alienaciones inherentes a una civilizada vida en común, renunciando a sus pulsiones antisociales, bárbaras quizá, en un sentido, pero suyas, auténticas y espontáneas?

En suma, ¿por qué la civilización y no la barbarie?

Lo verdaderamente digno de ser resaltado es que esta pregunta (el subtítulo de la conferencia) era irrelevante hace dos siglos, incluso hace cien o cincuenta años, y se ha convertido ahora, por las transformaciones culturales ocurridas, en una pregunta pertinente, más aún, urgente.

#### OBSTÁCULOS A LA EMANCIPACIÓN PENDIENTE

El proceso de socialización individual está retrasado en la cultura actual por algunos de esos componentes de la imagen natural del mundo actual que la estorban, la frenan, la dificultan.

1.º De la *paideia* premoderna al dualismo moderno (normativismo y anomia). La cultura premoderna es vertical, lo inferior está con lo superior en una relación de participación (cosmos simbólico). La modernidad cambia el par arriba-abajo por el par dentro-fuera y así nace el dualismo moderno. En la historia de la cultura coincide temporalmente, y no por casualidad, el moderno Estado coactivo con el concepto de vida privada. Existe un normativismo, producido por el Estado y la burocratización radical de la dimensión externa de nuestras vidas, que llega hasta el último rincón, que no deja un espacio externo sin reglamentar. Pero si la red normativa, por un lado, es tan extensa que ocupa todo el espacio público disponible, por otro carece de *vis directiva* y no se dirige al ciudadano con fuerza moral, sino sólo con *vis coactiva*, y en consecuencia no puede ni pretende obligar al ciudadano en conciencia, sino únicamente ofrecer dos opciones al ciudadano, a quien se le invita a hacer un cálculo de conveniencia y decidir qué prefiere: cumplir las leyes o, igualmente legítimo, disfrutar de las ventajas de no cumplirlas y



aceptar de algún modo el castigo anudado al incumplimiento. Ambas opciones dejan a salvo las prerrogativas intocables de la vida privada. El interior de la vida (en el ámbito de la moralidad) está entregado al arbitrio individual, elevado a derecho sagrado e inviolable, que nadie puede interferir legítimamente. Ese ámbito sacrosanto confiado *in toto* al arbitrio subjetivo recibe en nuestro tiempo el nombre de *vida privada*. En su vida privada, el sujeto no rinde cuentas a nadie porque no reconoce la existencia de principios comunes con fuerza convincente para imponerse sobre su conciencia.

El resultado es una ausencia de reglas en la esfera individual-moral que se generaliza en un plano social como anomia.

La vida humana se parcela, se fragmenta en dos mitades, cada una sujeta a un absolutismo distinto: el del Estado y el del propio arbitrio y preferencia personal. En suma, *burocratización* y *anomia* son los dos signos distintivos de la cultura contemporánea.

Con este dualismo, la emancipación no es posible, porque el uso de la libertad individual se confía a la anomia de la vida privada, a un mundo sin reglas morales socialmente compartidas y, en consecuencia, ninguna norma prescribe al hombre su socialización.

2.º La generalización y masificación, en la imagen natural del mundo de la mayoría, de un concepto romántico (y al principio minoritario) de individualidad como excentricidad (S. Mill), como genio romántico por encima de las reglas, como artista de la vida. Excentricidad masificada. ¿Es viable una sociedad compuesta por millones y millones de excéntricos, genios y artistas de la vida, que se sitúan por encima de las reglas comunes, de las normas de convivencia?

Comparar entre el rey Darío o el rey Salomón y cualquiera de los ciudadanos de nuestras sociedades igualitarias.

3.º El arrasamiento de todas las creencias y costumbres colectivas que antes socializaban masivamente al hombre premoderno. El problema de una democracia sin mores. Excursos sobre las ventajas de la costumbre. La necesidad de “buenas costumbres” como aquellas que favorecen el proceso de socioindividuación.

Esa misma especialización, combinada con la finitud de la vida, le impiden al yo evaluar y juzgar críticamente todas y cada una de las circunstancias que importan a su existencia cotidiana y que la condicionan: todo el plexo de valores culturales, reglas sociales y presupuestos técnicos y científicos que la rodean y sostienen hasta sus más íntimos pliegues. Si tuviéramos que analizar al detalle y decidir sobre todas las influencias que recaen sobre nuestra vida, sería como si tuviéramos la obligación de inventar por nuestra cuenta un lenguaje completo: quedaríamos paralizados ante esa sensación de vacío, moriríamos de inacción.





Pero afortunadamente nos asisten las costumbres, ellas son el remedio a la brevedad de nuestra vida. “Necesitamos costumbres –incluida la tradición filosófica– porque morimos demasiado pronto para emprender transformaciones totales o fundamentaciones absolutas. Así pues, los escépticos, conscientes de su mortalidad, tienen en cuenta la inevitabilidad de las tradiciones; tienen conciencia de aquello que –usualmente y con el estatus de usanzas y costumbres– se sabe de forma consuetudinaria”. El yo se aplica a su especialización; elige aquellos bienes sobre los que ha decidido prestar su atención humanamente limitada y, sobre todo los demás, que desbordan su capacidad y su tiempo, se considera relevado del deber de analizarlos con competencia profesional y se confía a las costumbres más extendidas en la polis y más comunes, aquellas que han merecido el consenso general o que cuentan con la aprobación de otros ciudadanos especializados en ellas. Salvo en la isla en la que es competente, el yo flota en un océano de costumbres y, en la práctica, esa heteronomía moral hace su vida soportable (p. 134).

#### LA EJEMPLARIDAD COMO INSTRUMENTO DE SOCIALIZACIÓN ESPECÍFICO DE NUESTRA ÉPOCA PARA EL PROGRESO MORAL Y PARA PROMOVER LA EMANCIPACIÓN PENDIENTE

*Ejemplaridad pública* contiene argumentos políticos, éticos, antropológicos y culturales para presentar una teoría general de la ejemplaridad. Normalmente suelo hacer un compendio de esos argumentos, pero hoy me limitaré a señalar cómo la ejemplaridad da respuesta y sale al encuentro de los obstáculos a la emancipación y los remueve.

En puntual respuesta a lo anterior, la teoría de la ejemplaridad:

Primero: Supera el dualismo moderno. Por su propia naturaleza, la ejemplaridad comprende todas las dimensiones de la personalidad, la pública y la privada (es una *paideia*), superadora del dualismo. Pero, para la ejemplaridad, no hay compartimentos, sería un dislate una ejemplaridad troceada. Exige una “uniformidad general de vida”. La misma idea de ejemplo borra las fronteras entre lo público y lo privado, porque todo yo, incluso en su llamada vida privada, exhibe en su entorno, en su círculo de influencia, un ejemplo hacia los demás. Todo yo es siempre un ejemplo de vida y todo ejemplo proyecta una influencia pública (no hay ejemplos privados), por lo que todo yo es responsable de su vida entera –también privada– ante los demás. No una responsabilidad jurídica sino moral. El concepto de *vida privada* debe preservarse como derecho frente a las intervenciones de los poderes públicos, pero no como principio ético. Cada uno es libre de hacer el uso que prefiera de su vida y de su libertad ante el Derecho, pero no ante su conciencia.

Segundo: La ejemplaridad presupone un concepto distinto de la subjetividad: no la idea romántica de excentricidad, sino el “universal vivir y envejecer”. Sólo una subjeti-



vidad así considerada puede permitir el efecto de generalización, que es inherente a la ejemplaridad. Además, ello está en la base de una ejemplaridad igualitaria, todos somos ejemplos de todos, red de influencias mutuas. Liberar la ejemplaridad del histórico secuestro aristocrático. Así se convertirá en la *paideia* que la democracia anda buscando para asegurar su durabilidad.

Tercero: La generalización de la ejemplaridad produce costumbres. ¿Cómo nacen las costumbres?

El ejemplo ejemplar ejerce sobre el observador una doble influencia (*vis directiva* y *vis atractiva*): atrae y suscita un deseo de imitación –*exempla trahunt* (véase *Imitación y experiencia*)–. Los prototipos atraen porque unen ser y deber ser, porque personifican un ideal, una perfección humana, unen deber e inclinación espontánea, concreto y universal, ejemplo y ejemplaridad, ejemplo de felicidad moral. Es natural que se dispare el deseo imitativo, que desee participar en esa perfección, que encuentre el émulo en el modelo su propio ser y su destino, pero ya realizados y plenos, y quiera reiterar en sí mismo esa perfección, más allá de la caducidad mortal y anecdótica que hiere todo lo contingente, en pos de una humana perduración. En *Ejemplaridad pública* se añade el capítulo 21 sobre la coincidencia entre *exemplum* y *exemplar*. En ese ejemplo “transitivo” centellea la universalidad de la regla, y el ejemplo es al mismo tiempo caso y regla, ideal, norma, ley. En el capítulo 24 se resume la teoría sobre “el poder del ejemplo personal”, que incluye una oferta de sentido.

*De la coacción de la ley a la persuasión del ejemplo. Sólo la persuasión es convincente en una época liberada y por ello sólo la persuasión del ejemplo puede inducir la socialización del individuo y su conversión en ciudadano.*

Es el elemento carismático, innovador, revolucionario, transformador de la ejemplaridad –en términos de Max Weber–, el único capaz de crear las “buenas costumbres” de las que está necesitada la sociedad contemporánea para crear una trama cívica, una pauta, un modelo. El ejemplo ejemplar desencadena una descarga carismática, un encantamiento magnético, mucho más eficaz y transformador que toda la coacción administrativa o legislativa, porque ésta cambia la conducta externa mientras que los ejemplos moldean las conciencias.

[Nota: Para el alma vulgar, la atracción que suscita el buen ejemplo genera incomodidad, resentimiento, inquieta a esa alma, la turba: precisamente porque invita a imitarlo, a reformar tu vida; es una intimidación a su vulgaridad, una exhortación a su reforma. Sólo la ejemplaridad puede superar las resistencias a la reforma.

“En efecto, el mal ejemplo absuelve al hombre vulgar, mientras que el buen ejemplo lo condena”. El buen ejemplo suscita “mala conciencia”.



Si ante mí tiene lugar una acción reprochable, ese ejemplo tiene en mí un efecto sedante, me tranquiliza, porque yo podría, si lo deseara, hacer eso mismo que los demás censuran y, sin embargo, está visto que no lo hago, quién sabe si por virtud. En cambio, la acción ejemplar de la que soy testigo me interpela, conmueve mi corazón, sacude mi mala conciencia, porque todo en ese ejemplo –la necesidad moral aliada con su demostrada posibilidad práctica– me convida a imitarlo y, si no lo hago, me pone en la obligación de responder ante mí y ante los demás de las razones de mi conducta, súbitamente bajo sospecha. La influencia del ejemplo me fuerza, por tanto, a responder de mi vida y me coloca en una posición de *responsabilidad* con relación a mi vulgaridad presente, apremiándome a reformarla. Porque si uno como yo, en circunstancias en todo parecidas a las mías, es honesto, justo, ecuánime y leal, ¿por qué no lo soy yo?; si otro es solidario, humanitario, compasivo hacia sus semejantes, ¿qué me impide a mí serlo también?; cuando observo a un tercero comportarse con urbanidad y civismo, ¿dónde queda mi barbarie? En la mayoría de los casos, el ejemplo se exhibe en la publicidad de la casa, el oficio, la plaza, y por ese mismo carácter, aun sin quererlo, abre un juicio público contra el yo sorprendido en su mediocridad, al que sólo le queda explicarse o reformarse (p. 219)].

Las únicas razones para elegir hoy en lugar de la barbarie vendrán de una ejemplaridad que presenta el estilo de vida civilizado como una evidencia más elevada, más atractiva, más virtuosa y que, con el imán del ideal persuasivo y no coactivo, conmueve el corazón y haga nacer en él un apetito, un deseo natural que lo incline favorablemente a renunciar a la complacencia en su liberación y a la gratificación estético-instintiva, a la autoposesión inhibida del deber y socialmente estéril, a la vulgaridad general de su vida, y acepte una civilizada autolimitación del yo, una “urbanidad general”, una etiqueta para su línea de conducta, y comprenda la importancia ética y existencial de incorporarse a la economía productiva de la polis, practique la doble especialización y encuentre en ella los elementos de su individualidad y del sentido de su vida.

Es cierto, la ejemplaridad es un ideal, no una realidad. Pero no bastan análisis o descripciones de cómo somos. El hombre (y el contemporáneo en especial) necesita una idea regulativa, un ideal que le señale el camino, que devuelva el encantamiento perdido a la cultura y lo anime a renunciar a la barbarie cuando ya carecemos de los instrumentos antiguos de socialización. Yo propongo el ideal de la ejemplaridad.



